

Carlos Mayo

Silvia Mallo

Conocí a Carlos Mayo cuando ingresó a nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata para iniciar su carrera en el Profesorado de Historia. Conocerlo significaba inicialmente reconocer sus cualidades como persona, apreciar su simpatía y a la vez su corrección y gusto por las formalidades, sin poder ignorar sus comentarios rápidos e incisivos que movían a la risa de todos. Se destacó ya entonces como alumno y posteriormente demostró cualidades especiales como investigador y como docente, que lo condujeron a desempeñarse, muy joven aún, en cargos de responsabilidad.

Coincidimos más tarde trabajando bajo la dirección del doctor Enrique M. Barba en espacios de investigación y de discusión, en archivos y bibliotecas y en la misma facultad. Ya entonces éramos un grupo dentro del cual él congeniaba particularmente con quienes serían sus amigas hasta el final, Lucila Noelting y Amalia Latrubesse; esta última, con la que escribiría un texto magnífico sobre terratenientes, soldados y cautivos de la frontera en 1986.

Al terminar la carrera nos preocupaba orientarnos sopesando las perspectivas de nuestros futuros personales, mientras nos enfrentábamos a múltiples, agitados y acelerados cambios políticos. Todos seguimos entonces distintos caminos en la construcción de nuestros recorridos profesionales. Carlos no tenía dudas: la investigación, que ya

había iniciado, y la docencia eran su elección segura y su compromiso personal. En ambas facetas dejaría una indudable impronta.

Desde que lo conocimos aprendimos a valorarlo y a reconocer la calidad de sus afectos hacia su familia, asumiéndose como hermano mayor de sus amigos de siempre, los del primario, del secundario o del barrio. Estos lazos familiares perduraron hasta el final de su vida. Más tarde demostró su comprensión y espíritu humanitario ayudando, con acciones concretas y sin considerar anteriores enfrentamientos, a quienes lo necesitaron. Fue generoso y también selectivo, expresivo con sus sentimientos y pródigo al compartir sus amplios conocimientos. Quienes lo conocieron como alumnos lo atestiguan de forma permanente.

Carlos hizo su tesis de doctorado con James Lockhart en la Universidad de California en Los Ángeles, Estados Unidos; luego en la Universidad Nacional de La Plata, y enriqueció su formación ampliando enormemente tanto sus perspectivas de análisis como las propuestas temáticas que, después de centrarse en temas de períodos más cercanos a nivel histórico como el petróleo y la masonería, se enfocaron en América y en el período colonial.

Como docente supo motivar a sus alumnos con su rigurosidad intelectual y por la agudeza con la que presentaba y cuestionaba los temas que desarrollaba. Tenía la capacidad de abrir perspectivas de análisis novedosas que conducían a repensarlos. Para propiciar tal efecto enseñaba a analizarlos sin aislarlos del contexto en el que se producía cada proceso; con ello lograba presentar aun los viejos temas con una atractiva originalidad. Daba unas clases excelentes y cautivantes en las que se reconocía la influencia de los consejos paternos y la impronta de Enrique Barba. Rompía el silencio de quienes lo escuchaban atentamente y los movilizaba a preguntar y pedir aclaraciones. Por otra parte, fue creador e impulsor de espacios de investigación y de extensión, como el Centro de Estudios de Historia Americana Colonial ante la supresión del antiguo Instituto de Historia Americana de nuestra facultad.

Como investigador se caracterizó por su permanente actualización y por su creatividad en la propuesta de temas que generaban nuevas líneas de investigación; en ello fue además regular y constante aun en momentos de adversidad. Su influencia puede demostrarse a través de la cantidad de producción historiográfica que surgió con posterioridad a la publicación de sus trabajos en el mismo período o en otros de la historia nacional, reproduciendo o discutiendo los modelos que propuso.

Destaco aquí la calidad del aporte que hizo a la historia social argentina, especialmente en la década de los ochenta cuando la dinámica de la vuelta a la democracia nos reconectó con la historiografía vigente en Europa, Estados Unidos e Iberoamérica y se generó una fuerte renovación temática, metodológica y teórica que se agregaba a la aprendida en los sesenta. Es entonces cuando podemos observar su influencia en la ampliación temática y metodológica en la historiografía argentina colonial.

La primera cuestión que salta a la vista es una característica que atraviesa toda su obra: la de un historiador en toda su dimensión, con un estilo literario tan rico y sugerente que llega con la mayor claridad al lector; independientemente de que esté de acuerdo o no con sus argumentos. La estrecha relación entre literatura e historia lo preocupó siempre, escribía sobre el tema y le solicitaba sistemáticamente a los egresados que dirigía, que estudiaran gramática y redacción antes de terminar sus tesis.

La segunda característica que quiero señalar es que en el desarrollo de los programas de la materia, siempre insistió en el tratamiento de la ocupación europea de la totalidad del territorio americano, favoreciendo así la comparación y una mejor comprensión de las particularidades de cada proceso que se profundizaba en los seminarios. En su producción se evidencia siempre su preocupación por extender sus observaciones a todo el ámbito del virreinato y más allá, contextualizando en todo momento el enfoque regional. Podemos decir además

—y lo reitero— que su obra se caracterizó por su permanente actualización y por su creatividad en la propuesta de temas de investigación en forma regular y constante.

Sus estudios iniciales —tema de su tesis— sobre Iglesia y sociedad e Iglesia y economía, presentan diferentes aportes. En ellos analiza a la institución y su vinculación con la sociedad y con la economía, en particular desde el análisis de los individuos que la integran, utilizando la metodología de la prosopografía entonces vigente. Conectado de forma directa con los trabajos desarrollados en aquella época en Estados Unidos especialmente sobre México, contribuyó a que la historiografía eclesiástica argentina se integrara y desarrollara en una nueva perspectiva dejando atrás su antiguo aislamiento y enfoque institucional. Abrió además el camino al evadir la exclusividad de su tratamiento solo por parte de historiadores pertenecientes a la grey católica. Sus estudios sobre Iglesia y sociedad han quedado incorporados con fuerza en la historiografía de todo el país.

Terminada su tesis orientó sus investigaciones hacia la historia social y económica del período colonial tardío, pues consideraba que entonces se habían producido cambios en el área pampeana que generaron la reorientación de la producción y del centro político del territorio. Las que realizó sobre la campaña bonaerense dieron lugar a un fructífero y provechoso debate que, concentrado en la transición del siglo XVIII al XIX, ha contribuido, junto con las de todos los historiadores que participaron en él, a generar en los últimos veinte años abundante producción sobre la zona pampeana. Este debate incentivó además los estudios sobre la tierra y el trabajador rural en otras áreas del país externas a la región pampeana. El tema de la mano de obra, central en sus trabajos, se extendió en el tiempo hasta la llegada de la inmigración masiva y también hacia la mano de obra esclava en las haciendas jesuíticas.

El área pampeana le permitió hacer nuevas propuestas, como el trabajo sobre el pulpero —el pequeño comerciante proveedor en las

zonas de campaña— y la pulpería —su centro económico y social— que desarrollara con un grupo de alumnos y egresados de la Universidad Nacional de Mar del Plata con los que formó el grupo Sociedad y Estado. Esta temática novedosa se destacó en el ámbito académico y comenzó a tener adeptos entre los cultores de los estudios rurales de otros espacios y períodos.

El tema de la frontera es estructural en la historiografía argentina y Carlos Mayo se propuso estudiarla a través de las fuentes de la comandancia de frontera, entrecruzándolas con fuentes literarias y testimonios de viajeros. Además, siguió avanzando sobre las características de la vida de frontera que él mismo ya había abordado vinculándola a su condición de espacio de “encuentro” de culturas, de políticas de corrimiento de fronteras y de defensa militar en la que los soldados eran los protagonistas. La analizó además como ámbito de poblamiento y ocupación de tierra y lugar para la huida, en el que el protagonismo se reserva para las características de los cautivos y el rapto de mujeres en las zonas dominadas por los españoles.

En los últimos tiempos su trabajo personal sobre la historia del amor en la sociedad rioplatense (1750-1860), que tituló *Porque la quiero tanto* (2004), marcó asimismo un nuevo aporte temático cuando aún no se hablaba de las actuales perspectivas “innovadoras” de historia de los sentimientos y de las emociones.

En realidad cuando me refiero a un verdadero aporte a la historia social lo hago pensando en la utilización que hizo de las fuentes y su entrecruzamiento, a las metodologías que nos propuso para el uso de las fuentes judiciales o la comandancia de frontera, y especialmente a las formas de mirar lo social en todas sus obras. La comprensión de Carlos de las acciones de los hombres lo condujeron a su interpretación y, sin intentar construirlas teóricamente, las elaboró con una mirada desde abajo y desde el interior, y a partir de las dimensiones de la experiencia y subjetividad de los individuos, en la interacción de los grupos y en el accionar cotidiano, sin olvidar el contexto económico y social.

Los protagonistas de su historia viven y es permanente su esfuerzo por darles identidad con sus nombres y sus acciones, sin eludir el análisis del proceso histórico en el que transcurre la experiencia que narra: no deja de considerar los condicionamientos que se imponen en ese tiempo al accionar de estos sujetos. Tampoco deja de tener en cuenta la superposición de identidades múltiples en cada personaje —o más apropiadamente, sujetos históricos—. Toda su mirada colabora con la reinterpretación de nuestra sociedad colonial, revela relaciones sociales más complejas y diversificadas, más dinámicas y matizadas, y haciendo uso de márgenes de libertad no pensados entonces como tales.

Entre tantas propuestas que nos hizo en sus trabajos, ¿quién que lo haya leído puede olvidarse de Patricio de Belén, el capataz esclavo que nos legó describiéndolo magistralmente? ¿Quién no se ha interesado en el comer, dormir y descansar de los peones y de los esclavos en la estancia colonial? ¿Quién no recorre con gusto las páginas sobre el ocio y el juego en la campaña o ha descartado la lectura sobre las relaciones extramatrimoniales y su duración o la pervivencia de la costumbre en la cuestión referida a las mujeres raptadas o robadas?

Por último, su historia del amor en la sociedad rioplatense nos reconcilia con los actores sociales de entonces o nos conmueve como seres humanos cuando los encontramos en sus páginas apasionados o sufriendo soledad y ausencias, entre la inclinación, la pasión y el abandono, todos visibles en una correspondencia cuya selección nos permite experimentar además las construcciones idiomáticas y diálogos de la época.

En lo personal le agradezco a Carlos Mayo que me haya permitido compartir espacios de trabajo y el haber vivido tan cerca de su experiencia en la producción y en la renovación historiográfica de los ochenta. A todos, leerlo en excelentes páginas de literatura histórica nos sigue haciendo pensar, y ese, creo, es su principal legado.

Precisamente la propuesta de exalumnos y amigos en esta publicación, que expresa un merecido homenaje y que me conduce a tiem-

pos lejanos, renueva en sus títulos los temas que le interesaban y que proponía una y otra vez. Osvaldo Barreneche recuerda con nostalgia viejos tiempos y sigue con precisión el desarrollo de sus primeras investigaciones sobre diplomacia, petróleo y política. En efecto, Carlos inició este proyecto con sus dos amigos ya al final de su carrera y hablaba entonces con entusiasmo del trabajo en equipo. Destaca Osvaldo su rigurosidad y honestidad intelectual en el debate político e historiográfico de su trabajo. También acota la exhaustiva búsqueda de fuentes y consulta de archivos, particularmente los diplomáticos, que son novedosos en esta publicación. Lo interesante es que además realiza el seguimiento de este primer trabajo en una segunda edición y en una serie de artículos y libros publicados en los ochenta con Fernando García Molina, extendiendo así el tiempo de análisis y nuevos hechos destacables como también la publicación de fuentes sobre el tema. Señala asimismo el impacto historiográfico de estas publicaciones calificadas como de divulgación.

Lucrecia Enríquez, con la calidad que usualmente muestra en sus trabajos, indaga en los conflictos de etiqueta y el rol de las mujeres en el espacio de la elite colonial chilena. Define con precisión la extensión de la etiqueta y el ceremonial como hábitos de cortesía y urbanidad en el período tardo-colonial a través de una disputa entre esposas de funcionarios judiciales, Muestra cómo esta trasciende a la esfera política y al escándalo y las habladurías que motiva en la elite local. Sus observaciones no se detienen allí: resaltar las nuevas líneas historiográficas hispanoamericanas sobre el rol de las virreinas desde lo metodológico y la extensión de las formas de preservar la posición recíproca de las personas y del prestigio como otra manera más de mantener el orden. Propone colocar estos hechos en la esfera del gobierno y de la relación con otros actores políticos sin circunscribir a las mujeres a actividades públicas formales, culturales o devocionales.

Sara Mata, historiadora manifiestamente preferida por Carlos Mayo, que dirigió su tesis, golpea fuerte sobre esa cuestión central

que se liga a la construcción de la hegemonía porteña en las fronteras del norte. Señala cómo estas, conformadas por espacios enfrentados en la defensa de la autonomía y soberanía de sus pueblos, ofrecen resistencia a múltiples y arteros embates. En torno a la figura de Güemes y de la construcción de la autoridad porteña vinculada a las campañas al Alto Perú y a la formación y accionar del Congreso que dictara la independencia y la Constitución de 1819, observa minuciosamente las tácticas de la configuración de un gobierno central. Finalmente destaca cómo con Pueyrredón se consagra el triunfo del centralismo porteño, el respaldo al proyecto sanmartiniano y el apoyo a las acciones de Güemes en Salta conformando una nueva etapa del proceso revolucionario.

Por su parte Carlos Birocco retoma el debate sobre el peonaje rural y, desde una diferente opinión y perspectiva sobre el tema, rastrea el impacto del mismo en la historiografía rioplatense. Observa las formas en las que incentiva diferentes estudios y todos los argumentos sostenidos, corregidos o modificados por Carlos Mayo como impulsor inicial del debate. Demuestra en el camino recorrido su honestidad intelectual con diferencias explicadas por el mismo Carlos como “una complementación de su concepción original”. La inestabilidad de la mano de obra, la indocilidad frente a la rutina laboral, su estacionalidad, el recurso a los agregados en la forma propia de la campaña bonaerense, el acceso a la moneda y numerosas variables se van cerrando y centrando en el análisis de este trabajo frente a la coacción, las características de su ejercicio y al incentivo de la mercantilización sobre la población rural rioplatense en el siglo XVIII.

Tomás Sansón, otro testista de Carlos que desde la Banda Oriental supo ganarse el cariño y el respeto de todo el Centro de Estudios de Historia Americana Colonial, renueva su admiración en el tratamiento que el historiador hace de la figura de Patricio Belén. Ello desde la perspectiva teórico-metodológica, señalando su envidiable habilidad para articular el rigor documental con la especulación racional tanto

como el carácter narrativo e intimista en su desarrollo. Recuerda que invitaba a sus alumnos a ser audaces y a poner en juego la imaginación histórica, y considera el texto como un ejemplo claro de esto. Resalta sus preferencias por los “descastados” en la búsqueda de la interpretación de sus códigos y sus estrategias de supervivencia. Observa la sutileza con la que rescata y da sentido al individuo en un contexto histórico pleno de limitaciones, que confirma en la comparación.

José Bustamante Vismara evoca los estudios sobre la enseñanza en las escuelas de primeras letras en la campaña bonaerense como tema sugerido para integrarse y formar parte del grupo de investigación que Mayo dirigía, junto a Ángela Fernández, en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Lo interesante es la forma en la que relata las formas de trabajo sugeridas para el estudio de este tema, ubicándolo siempre en el contexto de los objetivos del conjunto del equipo. Pone de relieve la forma en la que coordinó el trabajo, cómo los indujo a reconocer procesos históricos desde miradas plurales, su capacidad para articular procesos sociales y cambios políticos proponiendo siempre desbordar el marco parroquial.

Por su parte otro de sus tesis platenses, Pablo Cowen, desde el interés por los estudios sobre familia de la cátedra de Historia Americana Colonial derivó en su tesis hacia el estudio de la niñez, que ha sido un rasgo original y dominante en sus investigaciones posteriores. En este trabajo se plantea como objetivo central analizar los cambios producidos en la atención de las mujeres grávidas y puérperas en los hospitales entre fines del siglo XVIII y el XX en Buenos Aires. Pone el acento en su propósito de observar las relaciones de las instituciones con la sociedad, tanto sean organizaciones como grupos sociales e individuos, y la ubicación de los cambios en cada contexto social. Realiza un análisis exhaustivo de la evolución de los hospitales desde el de los betlemitas hasta la creación específica de las maternidades y logra plenamente en sus consideraciones finales el objetivo perseguido.

La influencia del doctor Enrique M. Barba es también permanente en el pensamiento de Carlos y creo que es visible en la orientación de la tesis de Sara Mata y, como lo señala el doctor Barreneche, ya se muestra en la selección de fuentes y en formas y metodologías de trabajo.

Jeffrey Shumway nos da su panorama sobre la sociedad porteña tras la independencia en torno a la pervivencia de la legislación sobre disensos matrimoniales. Coincide con Carlos Mayo cuando en su libro sobre el amor afirmaba con la llegada de la revolución soplan aires igualitarios y surge el individuo. Estudia un caso tardío y marca continuidades y cambios en ese período alrededor del patriarcado y el ejercicio de la patria potestad, el orden social, el honor, y la pureza de sangre, principios fundamentales en la cultura hispánica. En un contexto histórico inestable, presenta propuestas surgidas en el gobierno, que plantea la preservación de la familia iniciada en el uso efectivo del libre albedrío de los cónyuges propiciando la necesidad de poblar el territorio, y también analiza los cambios desde la innovación jurídica en el tránsito a la definitiva aparición del Código Civil.

Por último, Samuel Amaral y Fernando Barba recuerdan a Carlos en los tiempos que compartieron en los ámbitos de la Universidad Nacional de La Plata y en la Academia Nacional de la Historia. Los organizadores de este homenaje, Emir Reitano y Jorge Troisi Melean, aportan sus consideraciones sobre las motivaciones del mismo, entre las cuales, como en todos los casos, priman el afecto y el respeto.